

AVANZAR

Mayo-Junio 2026 - número 816

Jesucristo, sumo y eterno sacerdote



CONTENIDOS

mayo-junio'26

03. Editorial

04. **Jesús, ¿sacerdote o laico?**. Visión de Jesús como laico y como sacerdote.

07. **Jesucristo: sacerdote, altar y víctima**. La unidad de los tres aspectos en Jesús.

10. **El magisterio de la Iglesia**. Una fidelidad que genera fruto.

13. **El sacerdocio común de todos los bautizados**. Por el bautismo nos convertimos también en sacerdotes.

16. **Paternidad y sacerdocio en s. Ignacio**. De laico a sacerdote para ayudar a las almas.

18. **El peligro del "aislamiento" frente a la "soledad fecunda" en el sacerdocio**. Una visión sobre la crisis en el sacerdocio.

21. **Rincón memorístico**. La autoridad jerárquica en el corazón del p. Vallet, como oficio de unidad en el amor.

23. **Testimonios del curso para matrimonios**.

24. **Testimonios del retiro mensual**.

25. **Tandas de Ejercicios**.

26. **Veinticinco años como sacerdote**. Bodas de plata sacerdotales del P. Enrique Martín cpcr.

Redacción y Administración

C/ Cañada de las Carreras
sector oeste, nº 2.
28223 Pozuelo de Alarcón
Madrid

Tel. 91.352.09.68

E-mail: obra@cpcr.org
Web: cpcr.es

Suscripción: 20 €
Cuenta Corriente
Banco Santander
ES49 0075-0280-9506-0042-7950

AVANZAR

Órgano de la Obra de
Cooperación Parroquial
de Cristo Rey

Director

P. Fco. Javier Sanuy Moya cpcr

Colaboradores

P. Enrique Martín Baena cpcr
P. Marc Passas cpcr
María Jesús Arrabal
Sergio Cardona
Nacho Bracicorto
Graciela Galdón

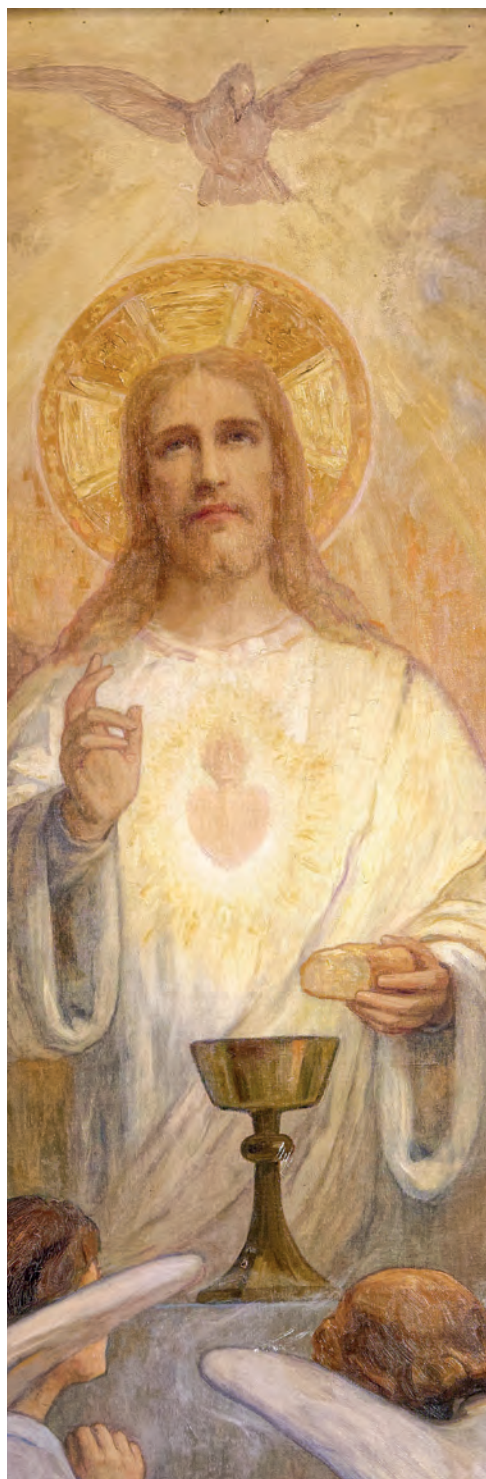
Diseño

Nacho Bracicorto

Si desea suscribirse, o realizar un donativo para este fin, puede ponerse en contacto con María Jesús, por teléfono en el número 678.357.690, o en el correo electrónico obra@cpcr.org. Las donaciones conllevan desgravación fiscal en la declaración de la renta.

Muchas gracias.

EDITORIAL



Cuando en los medios de comunicación se habla de los sacerdotes se les suele asociar a escándalos, a polémicas o a diferentes cuestiones que tocan al ejercicio de la autoridad de estas personalidades públicas dentro de la Iglesia.

¿Hay alguien que haga alguna referencia a Jesucristo como sacerdote? Como mucho se habla de Jesús para decir que la Iglesia ha traicionado su mensaje y su ejemplo. ¿Pero quién habla de la relación entre el sacerdocio de Jesús y el sacerdocio común de los fieles? ¿Y de la relación del sacerdocio de Jesús con el sacerdocio ministerial? ¿Y de la relación del sacerdocio de Jesús con las ofrendas y los sacrificios?

Por supuesto que estas cuestiones aparecen en el ámbito de la teología, pero no en los planteamientos sociológicos que solemos ver en los medios de comunicación.

En este número de Avanzar queremos ir más allá de la perspectiva simplemente sociológica y presentar una reflexión teológico-espiritual que nos ayude a descubrir las raíces profundas del sacerdocio.

Se describe a Jesús como profeta, rey y sacerdote, y los cristianos adquirimos por el bautismo la misma identidad de Jesús bajo esa triple perspectiva. Por eso, esperamos que este número de Avanzar nos ayude a comprender mejor cuál es nuestra identidad de bautizados, sobre todo desde la perspectiva sacerdotal.

Que el Espíritu Santo, que descendió y sigue descendiendo sobre nosotros, nos lleve a vivir nuestro sacerdocio desde la caridad para así comprenderlo cada vez mejor mientras seguimos los pasos de Jesús. Amén.

JESÚS, ¿SACERDOTE O LAICO?



No sorprende que haya un libro del nuevo testamento dedicado exclusivamente a hablar de la dimensión sacerdotal de Jesús: la carta a los hebreos. En cambio, no hay un libro dedicado a la dimensión real (servicial) o profética de Jesús. ¿Por qué? Porque son aspectos que aparecen suficientemente explicitados durante la vida de Jesús, como podemos ver en los evangelios sinópticos, que son los más antiguos.

Ante este hecho, es legítimo preguntarse cómo fue percibido Jesús por sus contemporáneos; ciertamente no fue visto como un sacerdote de la época, pues Jesús no entraba en el molde del "profesional de la religión": no había estudiado teología en las escuelas reconocidas, no ofrecía sacrificios en el Templo y no tenía un mandato de las autoridades para enseñar o conducir al pueblo de Israel. ¿Entonces cómo le veían? Para responder a esta pregunta conviene distinguir tres etapas

diferentes: antes de la multiplicación de los panes, después de la multiplicación de los panes y la última semana de su vida.

1) Antes de la multiplicación de los panes

La familia de Jesús: lo veían como un laico más, por eso les sorprendió tanto que Jesús empezara a actuar como un profeta; pensando que se había vuelto loco fueron a "rescatarle" a Cafarnaúm (Mc 3, 20-21. 31-35).

Los compatriotas de Nazareth: como la familia de Jesús, también quedaron muy sorprendidos de que un laico como ellos actuara como lo hacía Jesús, por eso no creían en él (Mc 6, 1-6). Además, la orientación universalista de Jesús chocó frontalmente con el nacionalismo judío de sus compatriotas (hasta el punto de que quisieron matarlo (Lc 4, 16-30).

Multitudes, apóstoles y discípulos: Jesús era percibido como el Mesías, el líder carismático político-militar que tenía que liberar a Israel de la opresión romana. Cuando Jesús envió a sus discípulos de dos en dos para anunciar la llegada del reino de Dios podemos suponer que la predicación de los discípulos tenía esta visión triunfalista de base, y precisamente por eso consiguieron atraer a una multitud tan grande.

2) Después de la multiplicación de los panes (Mt 14, 13-33 / Jn 6)

Después de hacer el milagro de la multiplicación de los panes, en vez de asumir el poder político-militar que la gente le quería atribuir, Jesús auto saboteó ese movimiento de entusiasmo triunfalista. Metió a sus apóstoles en una barca y los envió al otro lado del lago (para que no le obstaculizaran), y después dispersó a la multitud. Con el posterior sermón del pan de vida (Jn 6) dejó claras sus intenciones, y por eso la mayoría de sus discípulos le abandonó. Jesús decepcionó las expectativas puestas en él como Mesías político-militar. A partir de ese momento, Jesús dejará los baños de multitudes y empezará a formar a sus discípulos más cercanos para prepararlos para el rechazo que tenía que sufrir, por eso se retirará más allá de las fronteras de Israel.

Confesión de Cesarea (Mt 16, 13-17): Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Jesús le respondió: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te

lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

Este texto muestra claramente que Jesús era percibido todavía como un profeta, pero ya no como el Mesías que todos esperaban. Los apóstoles seguían conservando esa misma mentalidad, pero por la gracia de Dios, Pedro fue capaz de reconocer que, a pesar de todo, Jesús era el Enviado del Padre. Esa tensión entre la mentalidad compartida con el resto de los judíos y la inspiración recibida de Dios para reconocer a Jesús, se percibe claramente cuando Pedro rechaza asumir el camino de la cruz (Mt 16, 21-23): Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día. Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: «¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte». Jesús se volvió y dijo a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios».

3) La última semana de la vida de Jesús

Polémicas con las autoridades religiosas de Israel (Mc 12): la incompreensión entre Jesús y las autoridades de Israel

“ Pedro fue capaz de reconocer, que a pesar de todo, Jesús era el enviado del Padre. ”

fue en aumento; Jesús terminó siendo percibido como un subversivo que atentaba contra el orden establecido, por eso buscaron primero desacreditarlo, y como no lo consiguieron, decidieron matarlo.

La última cena: Jesús transforma el significado del rito de la pascua judía presentándose él mismo como el sacrificio que nos salva verdaderamente del pecado. También encargará a sus apóstoles que perpetúen ese gesto eucarístico. Claramente los discípulos no entendieron toda la profundidad del mensaje que les transmitió Jesús en ese momento; por eso será necesaria la reflexión posterior de la carta de los hebreos y del evangelio de Juan para explicitar la dimensión sacerdotal de Jesús.

Conclusión: Jesús fue percibido como profeta todo el tiempo de su vida pública, pero la percepción de su liderazgo o realeza fue cambiando con el paso de los años, pasando del entusiasmo

triumfalista del inicio a las sospechas de subversión hacia el final de su vida.

En los últimos momentos de su vida, con la institución de la eucaristía, Jesús intentó transmitir el significado profundo de su acción entre nosotros, pero ese gesto no llevó a una equiparación de Jesús con los sacerdotes de la época (recordemos que la cena pascual era presidida por el cabeza de familia, normalmente un laico). Por lo tanto, podemos concluir que durante su vida Jesús no fue percibido como sacerdote (a pesar de haber transformado el significado de la pascua judía con el sacramento de la eucaristía). Sólo con la reflexión posterior de la Iglesia (reflejada principalmente en la carta a los hebreos y en el evangelio de Juan) se llegará a explicitar claramente el sacerdocio de Jesús y sus implicaciones para el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial.

▪ P. Fco. Javier Sanuy cpcr.



JESUCRISTO: SACERDOTE, ALTAR Y VÍCTIMA



La culminación de los sacrificios de la antigüedad

Desde los tiempos más antiguos, el ser humano ha sentido la necesidad de acercarse a Dios. En casi todas las culturas existieron sacrificios: se ofrecían animales, frutos o perfumes para pedir perdón, dar gracias o suplicar ayuda. El pueblo de Israel también hizo a Dios sacrificios y ritos sagrados en el Antiguo Testamento. Todo esto preparaba algo mucho más grande: el sacrificio de Jesucristo.

Los cristianos creemos que Jesús no vino simplemente a enseñar unas ideas morales, sino a salvar al mundo mediante su entrega en la cruz y su resurrección. Por eso la Iglesia afirma que Jesucristo es al mismo tiempo sacerdote, altar y víctima. Esta expresión puede parecer difícil, pero tiene un significado muy profundo y hermoso.

Jesucristo, el verdadero sacerdote

En el Antiguo Testamento, los

sacerdotes eran hombres elegidos para ofrecer sacrificios a Dios en nombre del pueblo. Entraban en el templo, presentaban ofrendas y pedían perdón por los pecados de Israel. Sin embargo, aquellos sacerdotes eran limitados y pecadores como cualquier otro hombre.

Jesucristo es distinto. Él es el sacerdote perfecto porque es el Hijo de Dios hecho hombre. No ofrece algo ajeno a sí mismo, sino que se ofrece Él mismo. Su misión es unir de nuevo a la humanidad con el Padre.

Mientras los antiguos sacerdotes repetían continuamente sacrificios que nunca podían cambiar totalmente el corazón humano, Jesús realiza un único sacrificio eterno y perfecto. Él intercede por nosotros no solo con palabras, sino entregando su propia vida por amor.

Por eso, cuando Cristo muere en la cruz, actúa como sacerdote: presenta al Padre la ofrenda más grande posible,



que es su propia existencia entregada libremente por la salvación del mundo.

Jesucristo, la víctima ofrecida

En los antiguos sacrificios se ofrecían corderos, toros, pichones, palomas u otros animales. Aquellas víctimas simbolizaban el deseo de reconciliación con Dios, pero no podían quitar verdaderamente el pecado.

Jesús sí puede hacerlo porque Él es inocente y santo. Él es el "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". En la cruz no muere como una víctima derrotada, sino como alguien que se entrega voluntariamente por amor. Nadie le quita la vida: Él la ofrece.

Aquí está el centro de la fe cristiana. Dios no abandona al hombre en su pecado, sino que entra en nuestra historia y carga sobre sí el sufrimiento, el mal y la muerte. Cristo toma sobre sus hombros el pecado de todos para abrirnos el camino hacia la vida eterna.

Por eso la cruz no es simplemente un símbolo de dolor. Es, sobre todo, el signo del amor más grande. En Jesús vemos hasta dónde llega el amor de Dios por cada persona.

La gravedad del pecado no depende solo de la acción concreta del hombre, sino también de Aquel contra quien se comete. El pecado es una ofensa contra Dios, que es infinito, santo y perfecto; por eso ninguna criatura limitada podía reparar plenamente esa ruptura.

El ser humano podía arrepentirse, pedir perdón y ofrecer sacrificios, pero nunca podía devolver por sí mismo toda la gloria y el amor que había rechazado. Por eso Dios mismo quiso venir al encuentro del hombre. En Jesucristo, Dios se hace hombre para representar verdaderamente a la humanidad y, al mismo tiempo, ofrecer una satisfacción infinita que solo Dios podía dar. En la cruz ocurre algo único: el mismo Dios, por amor, carga con el pecado del mundo, paga lo que el hombre no podía pagar y ofrece al Padre una obediencia y un amor perfectos. Dios se ofrece a Dios mismo.

Así, Dios es a la vez quien perdona y quien realiza el sacrificio que reconcilia al hombre con Él. La cruz no es un acto de crueldad divina, sino el misterio supremo del amor: Dios mismo entra en nuestro sufrimiento para salvarnos desde dentro.

Jesucristo, el altar definitivo

El altar es el lugar donde se ofrece el sacrificio. En el templo de Jerusalén existía un altar sagrado donde los sacerdotes presentaban las ofrendas. Sin embargo, todo aquello era una preparación para el sacrificio definitivo de Cristo.

Jesús es también altar porque en Él se realiza completamente la unión entre Dios y los hombres. Su propia humanidad es el lugar del encuentro. En la cruz, Cristo se convierte en el verdadero altar donde se ofrece el sacrificio perfecto y eterno.

Cuando en la Iglesia se celebra la Eucaristía, el altar recuerda precisamente a Cristo. No es solo una mesa. Representa a Jesús mismo, que sigue entregándose por nosotros en cada misa.

La culminación de todos los sacrificios

Todos los sacrificios antiguos apuntaban hacia Cristo. El cordero pascual que los hebreos sacrificaban en Egipto anunciaba a Jesús. La sangre derramada en la antigua alianza anunciaba la sangre de Cristo. El templo, los sacerdotes y las ofrendas eran como sombras de una realidad mucho mayor que llegaría con el Mesías.

Con Jesucristo ya no hacen falta nuevos sacrificios para salvar al mundo. Su entrega es perfecta y suficiente para siempre. La misa no repite el sacrificio de la cruz, sino que lo hace presente sacramentalmente para que cada generación pueda participar de él.

Por eso la Eucaristía ocupa el centro de la vida cristiana. En ella encontramos al mismo Cristo sacerdote y víctima. Él sigue alimentando a su pueblo y derramando su gracia sobre nosotros.

Qué significa esto para nuestra vida

Todo esto no es solo una teoría religiosa. Tiene consecuencias concretas para la vida diaria del cristiano.

Primero, nos recuerda cuánto valemos para Dios. Cristo dio su vida por cada uno de nosotros. Nadie es insignificante ante Él.

Segundo, nos enseña el verdadero amor. Jesús vence el mal no con violencia ni odio, sino con entrega, perdón y obediencia al Padre.

Tercero, nos invita a unir nuestra vida al sacrificio de Cristo. Cada sufrimiento, trabajo, esfuerzo y acto de amor puede ofrecerse a Dios unido a Jesús. Así, la vida cotidiana adquiere un sentido nuevo. De aquí se desprende, en consecuencia, un acto concreto espiritual de los más importantes del día: el ofrecimiento de obras por la mañana.

Finalmente, contemplar a Cristo sacerdote, altar y víctima nos lleva a la gratitud y a la adoración. Toda la historia de la salvación culmina en Él. Los antiguos sacrificios eran una preparación; Jesucristo es la plenitud. En la cruz y en la Eucaristía encontramos el corazón mismo de la fe cristiana: el amor infinito de Dios que se entrega para salvar al mundo.

▪ Sergio Cardona

“Cada sufrimiento, trabajo, esfuerzo y acto de amor puede ofrecerse a Dios unido a Jesús. Así, la vida cotidiana adquiere un sentido nuevo.”

“UNA FIDELIDAD QUE GENERA FUTURO”



Con ocasión del 60° aniversario del Concilio Vaticano II en 2025, León XIV inició los miércoles una serie de catequesis sobre sus enseñanzas. También escribió la carta apostólica *Una fidelidad que genera futuro*, sobre la base de los decretos conciliares *Presbyterorum ordinis* (PO, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros) y *Optatam totius* (OT, sobre la formación sacerdotal), dos textos nacidos de la única inspiración de la Iglesia que se siente llamada a ser signo e instrumento de unidad para todos los pueblos e interpelada a renovarse, consciente de que “la anhelada renovación de toda la iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes, animado por el espíritu de Cristo” (OT)

El Decreto *Presbyterorum ordinis* (PO) enseña que “por el mensaje apostólico

del Evangelio se convoca y congrega el Pueblo de Dios, de forma que, santificados por el Espíritu Santo todos los que pertenecen a este Pueblo, se ofrecen a sí mismos “como hostia viva, santa, agradable a Dios” (Rom., 12, 1). Por el ministerio de los presbíteros se consuma el sacrificio espiritual de los fieles en unión del sacrificio de Cristo, Mediador único, que se ofrece por sus manos, en nombre de toda la Iglesia, incruenta y sacramentalmente en la Eucaristía, hasta que venga el mismo Señor” (PO 2).

El título de la carta de León XIV traduce la comprensión dinámica que tiene la Iglesia de sí misma como Pueblo de Dios peregrinando en la historia. Es decir, que la Iglesia —los bautizados y dentro de ellos, los presbíteros, que también son discípulos— está en un

proceso de conversión y renovación continuas. Según León XIV que dirige su carta a todo el Pueblo de Dios, eso implica, frente a los cambios continuos vividos por la humanidad, reconsiderar juntos la identidad y la función del ministerio ordenado a la luz de lo que pide el Señor hoy a la Iglesia, prolongando la gran obra de actualización del Concilio Vaticano II. Lo quiere hacer a través de la perspectiva de la fidelidad, de la gracia de Dios y del camino contante de conversión eclesial, articulándola con las otras dimensiones del ministerio presbiteral: el servicio, la fraternidad, la sinodalidad, y la misión frente al futuro. Así que el sacerdocio ministerial se sitúa dentro del dialogo de la Alianza entre el Dios fiel y los hombres. Es decir, la fidelidad se piensa enraizada en la propuesta siempre actual del don de Dios, fiel en su propósito de salvación, y su actualización (siempre recibida por la Iglesia en su camino de renovación).

Fidelidad y servicio

Por eso León XIV empieza su carta recordando que el principio de toda vocación y de la unidad interior con Cristo, se fundamenta en el encuentro personal con Cristo. Añade que no se trata solo de “una voz interior” sino también “de un impulso espiritual que con frecuencia nos llega a través del ejemplo de otros discípulos del Señor y que toma forma en una elección valiente de vida”. Desde allí, solo se pueden afrontar la prueba y la tentación con la ayuda del acompañamiento espiritual. Y subraya que entonces, la vocación al ministerio ordenado crece como donación de sí mismo a Dios y, por ello, al servicio de su Pueblo santo.

Insiste el papa sobre la formación inicial y permanente, articulado con la conversión continua, por la cual se cuida este don gratuito del Señor, escuchando la Palabra de Dios, celebrando

los sacramentos, viviendo la evangelización, la cercanía de los últimos y la fraternidad presbiteral. La fidelidad a esta vocación se cultiva así en el camino de toda la vida, desde una “escuela de los afectos”, empezando por la vocación de discípulo llamado a configurarse con Cristo, tratando de prevenir los comportamientos abusadores y el abandono del ministerio.

Fidelidad y fraternidad

El papa insiste en situar el servicio específico de los presbíteros dentro de la igual dignidad y fraternidad de todos los bautizados, los presbíteros siendo juntamente con todos los fieles cristianos, discípulos del Señor, por lo que prevalece el don de una vocación fruto de la gracia. Y dentro de ella, son llamados a corresponder a la gracia de la fraternidad, elemento constitutivo de la identidad de los ministros, superando la tentación del individualismo. Observa que el cuidado pasa por la dimensión económica (como por ejemplo la equiparación económica), la atención a las situaciones de aislamiento de los presbíteros, sobre todo los enfermos y los ancianos, teniendo en cuenta la fragmentación del tejido social de occidente, y en comunión efectiva con el ministerio diaconal de hombres dedicados la caridad.

Fidelidad y sinodalidad

León XIV subraya un punto importante del Decreto *Presbyterorum ordinis*, basado sobre tres coordenadas fundamentales: la relación con el obispo, la relación fraterna con los demás presbíteros y la relación con los fieles laicos, entre los cuales, con su tarea específica, son hermanos entre hermanos, “compartiendo la misma dignidad bautismal, uniendo sus esfuerzos a los de los fieles laicos” y aprovechando “su experiencia y competencia, en los diversos campos de la actividad

“ Los presbíteros están llamados a dar una respuesta eficaz, mediante el testimonio de una vida sobria y casta, al gran anhelo de relaciones auténticas en la sociedad contemporánea.



humana, para poder reconocer juntos los signos de los tiempos”. Lo que supone todavía “una conversión de las relaciones y los procesos, lejos de tender a una identificación de la potestad sacramental con el poder”, ya que “la configuración con Cristo Cabeza —es decir, como fuente capital de la gracia— no implica una exaltación de que lo coloque por encima del resto (Francisco, *Evangelii Gaudium*, 104). Este último punto traduce que la conversión deseada pase por el camino sinodal, es decir saliendo de la tentación centralista de una visión clerical.

Fidelidad y misión

“El ser para constituye la identidad de los presbíteros”. Tienen que enfrentarse desde la caridad pastoral a las tentaciones actuales de una mentalidad eficientista según la cual el valor se mide por el rendimiento, y la de una especie de quietismo que tiende a encerrarse en sí mismo. La caridad pastoral solo puede desarrollarse priorizando la dimensión pascual del ministerio antes que los esquemas operativos. “Los presbíteros están llamados a dar una respuesta eficaz, mediante el testimonio de una vida sobria y casta, al gran anhelo de relaciones auténticas en la sociedad contemporánea...”

Fidelidad y futuro

León XIV advierte que la escasez de vocaciones en ciertas partes del mundo, “exige que todos revisemos la capacidad generativa de las prácticas pastorales de la Iglesia”, teniendo en cuenta la responsabilidad compartida de toda la Iglesia, que es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (*Lumen gentium* 1).

▪ P. Marc Passas cpcr

EL SACERDOCIO COMÚN DE TODOS LOS BAUTIZADOS



¿Todos somos sacerdotes?

Empecemos por ver de dónde viene la palabra sacerdote. Originalmente, viene de dos términos en latín: sacer, que significa sagrado, y dos, que viene del verbo dar. A su vez, sacer, lo sagrado, tiene que ver con el sacrificio. Así que, en principio, los sacerdotes eran los que hacían los sacrificios, la entrega sagrada a Dios. Y se mantiene para aquellos que han sido consagrados y ordenados como sacerdotes, porque presiden los ritos o los sacramentos.

Bien, está claro que una persona ordenada como sacerdote, se dedica a ello. ¿Y el resto de los laicos? Pues también, pero de una forma distinta.

El Catecismo dice en el número 1268, incluyendo también como referencia la 1ª Carta de San Pedro: «Los bautizados vienen a ser "piedras vivas" para "edificación de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo" (1 P 2,5). [...] El Bautismo hace participar en el sacerdocio común de los fieles».

Y el Concilio Vaticano II, en la constitución *Lumen Gentium*, expone en el número 10: «Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cf. *Hb* 5,1-5), que nos ha librado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre.» (Ap. 1,6; cf. 5,9-10). Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz (cf. 1 P 2,4-10)».

Por lo tanto, todos los que hemos sido bautizados, participamos del sacerdocio de Cristo, ya que estamos unidos a Él. Así que sí, todos somos sacerdotes, pero de distinta forma.

Los sacerdotes ordenados por el sacramento viven y realizan su sacerdocio de una manera, y el resto de los laicos, vivimos el sacerdocio de otra manera.



Pero eso es lo que nos une, la capacidad de relacionarnos con lo sagrado y la capacidad de ofrecer "sacrificios" a Dios desde nuestra propia vida. Esos sacrificios no significan entregar un cordero degollado, obviamente, sino la capacidad que tenemos de entregar nuestra propia vida al Señor. Por eso somos sacerdotes.

¿Por qué sacerdotes?

Yahvé, declara al pueblo judío en el Sinaí: «Vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa». El pueblo entero estaba llamado a ser mediador entre Dios y las naciones» (Ex 19,6). Pero luego, esa alianza se actualiza y se hace nueva en Cristo redentor. San Pablo lo recuerda en la carta a los hebreos 7,23-25: «De aquellos ha habido multitud de sacerdotes, porque la muerte les impedía permanecer; en cambio, este, como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa. De ahí que puede salvar

definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos». Por lo tanto, al ser bautizados, entramos en una relación personal y sacerdotal con Cristo, que vive para siempre.

El sentido de cada sacerdocio

Uno de los puntos de mayor densidad teológica del *Concilio Vaticano II* es la distinción y unión de los dos sacerdocios. La *Constitución Lumen Gentium* (n. 10) establece una distinción que es vital para evitar tanto el clericalismo como el laicismo: "El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente, y no solo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo".

Podríamos decir que el sacerdocio ministerial, conferido por el sacramento del orden sacerdotal, es un sacerdocio para el pueblo, con una función sacramental y ritual, celebrar la eucaristía, confesar, celebrar los sacramentos entre otras funciones. Digamos que son el enlace "público" entre Dios y los fieles.

Mientras que el sacerdocio común, el que recibimos por el bautismo, nos hace entrar en una relación personal con Dios, al que podemos consagrar nuestra vida con los sacrificios personales y cotidianos que hacemos, con nuestra entrega. Además de poder transmitir la buena noticia a nuestros semejantes. Ese es el sacerdocio común de cada bautizado.

El sacerdocio de los laicos

En su exhortación apostólica *Christi-fideles Laici* (1988), Juan Pablo II, subrayó que el sacerdocio de los fieles tiene una característica específica: su

carácter secular. Utilizando la parábola de los obreros de la viña, explicó que los laicos no están llamados a "clericizarse", sino a ejercer su sacerdocio en el corazón del mundo, a trabajar en la viña. El laico ofrece a Dios su trabajo profesional, su vida matrimonial y sus compromisos sociales como ofrenda al Señor.

Benedicto XVI, nos aporta lo siguiente al explicar a S. Pablo: «Lo hemos escuchado y lo repito una vez más: "Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual" [...]. La exhortación a "ofrecer los cuerpos" se refiere a toda la persona; en efecto, en Rm 6, 13 invita a "presentaros a vosotros mismos". Por lo demás, la referencia explícita a la dimensión física del cristiano coincide con la invitación a "glorificar a Dios con vuestro cuerpo" (1 Co 6, 20); es decir, se trata de honrar a Dios en la existencia cotidiana más concreta, hecha de visibilidad relacional y perceptible"».

«Y, después, el segundo aspecto: podemos decir que la meta de la acción misionera es la liturgia cósmica: que los pueblos unidos en Cristo, el mundo, se convierta como tal en gloria de Dios, "oblación agradable, santificada por el Espíritu Santo". Aquí aparece el aspecto dinámico, el aspecto de la esperanza en el concepto paulino del culto: la autodonación de Cristo implica la tendencia de atraer a todos a la comunión de su Cuerpo, de unir al mundo». Benedicto XVI, Audiencia general, 7 de enero de 2009.

Por lo tanto, el sacerdocio común, nos invita a vivir esa ofrenda viva al Señor, y a que nuestras vidas sean una liturgia viva, que una al mundo.

¿Cómo ejercer este sacerdocio común?

Como laicos, como personas de a pie, con una familia, con un trabajo, con nuestras obligaciones cotidianas, ¿cómo podemos vivir el sacerdocio común?

La ofrenda espiritual: Como dice Benedicto XVI, haciendo de nuestra vida una ofrenda viva al Señor, teniéndole presente, rezando, ofreciendo nuestros pequeños actos de forma espiritual.

La participación en los sacramentos y la liturgia: Los fieles no son espectadores de lo que hacen los curas. Participan activamente en la eucaristía, en la celebración de los sacramentos.

La Consecratio Mundi (Consagración del Mundo): Es la capacidad del laico de impregnar de valores evangélicos a la sociedad y de ser misioneros en su entorno. Cuando un bautizado lucha por la justicia o la dignidad humana en su entorno laboral o social, está ejerciendo su potestad sacerdotal de "consagrar" esa realidad a Dios.

Todos los que hemos sido bautizados, participamos del sacerdocio. El mundo es nuestro altar, y nuestra vida cotidiana es el sacrificio que Dios espera.

▪ Nacho Bracicorto

“ El sacerdocio común, nos invita a vivir esa ofrenda viva al Señor, y a que nuestras vidas sean una liturgia viva, que una al mundo. ”

PATERNIDAD Y SACERDOCIO EN S. IGNACIO

Siempre me ha llamado la atención, que San Ignacio de Loyola siendo el iniciador y fundador- junto a sus primeros compañeros- de una Orden clerical, no fuese ya sacerdote cuando comenzó su andadura en el arte o ministerio de dar los ejercicios. Más tarde, en Montmartre (París) ese "cuerpo incipiente" de la Compañía hacía votos para ligarse más profundamente entre ellos y con la Santa Iglesia jerárquica.

Cuando hoy se acerca uno a un "padre espiritual", en general lo busca entre los sacerdotes (por lo menos así ha sido predominantemente hasta los últimos años), sin imaginarse que podría ser de otra manera. Pero si miramos la Tradición de la que también bebe San Ignacio, vemos que no ha sido siempre

así. Simeón el Nuevo Teólogo, un místico que tenía frecuentes visiones, se adaptaba mal al ritmo de un monasterio bien organizado. De hecho, tuvo diversos conflictos. Pero quien lo comprendió, fue su padre espiritual Simeón Eulabes, un simple monje, no un sacerdote; en esta situación, desde el momento en que los superiores externos, incluida la jerarquía eclesiástica, se mostraban duros, poco espirituales, inexpertos en las cosas de Dios, ¿cómo no dar la preferencia a un hombre verdaderamente santo, aunque no fuera sacerdote?

De esta experiencia, Simeón extrajo una doctrina, admitiendo la posibilidad de que atar y desatar se ha dado a los apóstoles (Mt 16,9), pero ahora,



sus sucesores, a causa de su corrupción moral, no pueden ejercitarla más; para poder reconciliar a otro con la santidad de Dios, el padre espiritual debe ser personalmente santo, pero no por esto es necesario que sea un sacerdote.

En esta materia son posibles dos errores: el primero, es no distinguir las dos cosas (la confesión sacramental y el coloquio con un guía espiritual); y el otro, paradójicamente, el distinguir demasiado, como si la oración de un laico santo no tuviese ninguna fuerza para el perdón de los pecados; esto es contrario a la esencia de la oración, y en particular a la eficacia especial de la propia oración penitencial.

La distinción neta entre confesión sacramental y dirección espiritual, tenían sus ventajas y también algunas dificultades prácticas. Estas se resolvían fácilmente cuando un simple monje, conocido por su dirección espiritual, recibía la ordenación, para poder también confesar. La Iglesia bizantina recurría gustosa a esta solución que tenía ventajas para todos.

San Ignacio de Loyola era un laico, pero no cabía duda de que era estimado como padre espiritual por sus amigos y seguidores. Desde el inicio le buscaban muchas personas. Estaba convencido de que debía ayudarlas, y que esa era la voluntad de Dios. Como laico no podía ayudarlas de otra manera, que dándoles consejos y guiándolas en los ejercicios. La guía en los ejercicios es una función típica del padre espiritual. San Ignacio no tenía intención de convertirse en sacerdote. Pero pronto se decidió a seguir este camino, para poder continuar su función de “ayudar a las almas”, pues en su tiempo los laicos que querían guiar espiritualmente a otros eran considerados sospechosos.

Por eso San Ignacio se puso a estudiar teología. Lo hizo con fatiga y lo agradeció. Pero lo que comunicaba a los demás no era fruto de sus estudios, sino de su experiencia personal. Se lee en varios padres espirituales (San Ignacio tuvo acceso a Casiano y Evagrio Póntico entre otros) que ellos mismos, por su parte, no tenían otra guía sino el Espíritu Santo. Lo que comunicaban a otros no tenía, por lo tanto, otra fuente.

En este contexto se entiende también la insistencia de algunos discípulos de San Ignacio -en particular de Jerónimo Nadal- para tener directamente de él noticia segura, de cómo Dios lo había formado y preparado para ser el guía y el fundador de la Compañía de Jesús. Lo debía contar a los suyos. Tal es el origen de la Autobiografía que les invito a leer y profundizar en clave de paternidad espiritual.

▪ P. Enrique Martín Baena cpcr

“ San Ignacio de Loyola era un laico, pero no cabía duda de que era estimado como padre espiritual por sus amigos y seguidores. Desde el inicio le buscaban muchas personas. Estaba convencido de que debía ayudarlas, y que esa era la voluntad de Dios. San Ignacio no tenía intención de convertirse en sacerdote. Pero pronto se decidió a seguir este camino, para poder continuar su función de “ayudar a las almas”

EL PELIGRO DEL "AISLAMIENTO" FRENTE A LA "SOLEDAD FECUNDA" EN EL SACERDOCIO

1. Introducción: un corazón unificado para el servicio del pueblo de Dios

La presente reflexión, no nace únicamente de una exigencia pastoral o administrativa, sino de la convicción de que toda misión en la Iglesia requiere una madurez afectiva que transparente el amor de Jesucristo. Como nos recuerda J. M. Recondo en *Aprendiendo a amar como pastores*, la crisis que a veces atraviesa el corazón consagrado suele tener su raíz en la fragmentación: cuando el deseo humano (*eros*) y la entrega oblativa (*ágape*) no se integran adecuadamente en un corazón unificado.

¿Cómo ayudarnos para cuidar esa unidad de vida? En el contexto de la actual crisis sacerdotal y religiosa, somos conscientes de que el descuido de la propia persona y el aislamiento afectivo pueden derivar en conductas que lesionan gravemente la dignidad de los más vulnerables, la santidad de la Iglesia y de sus propios miembros. **Por ello, hay que crear una pastoral de acompañamiento para sacerdotes, consagrados y laicos misioneros** que establezca los cauces para:

1º. Vivir una afectividad madura: Entendiendo que los límites y las normas de conducta no son negaciones del amor, sino protecciones necesarias para que el afecto sea siempre pastoral, desinteresado y respetuoso.

2º. Prevenir el clericalismo y el abuso de poder: Siguiendo la premisa de J.M. Recondo, un pastor que no ha integrado su fragilidad puede caer en la tentación de utilizar su oficio para compensar carencias personales. La transparencia son el antídoto para

estas desviaciones.

3º. Fomentar la cultura del cuidado: La caridad verdadera exige justicia. Todo acompañamiento garantiza que se den vínculos con espacios seguros donde la soledad no se convierta en aislamiento, sino en una fecunda capacidad de entrega. La pedagogía del cuidado que quiero plasmar no trata de un código de sospecha, sino de una descripción de las mejores prácticas para el encuentro con el otro. Una guía de "analfabetismo afectivo" preventivo, enseñando a establecer relaciones de cordialidad que respeten siempre la asimetría propia del rol ministerial, especialmente ante las personas más vulnerables.

Asumir este ayuda preventiva y tan necesaria, es un compromiso para trabajar por la excelencia de ayudar a la misión de otros, reconociendo que la mayor eficacia pastoral surge de un corazón sano que ha aprendido a amar como el Buen Pastor: con integridad, respeto absoluto por el otro y una entrega libre de toda búsqueda de sí mismo.

2. Necesidad de madurez y transparencia en el ministerio y en la misión.

En el diagnóstico de toda fragilidad actual, reconocemos que todo ministerio se ejerce en vasijas de barro. La crisis sacerdotal nos describe un escenario de soledad mal gestionada y cansancio emocional. Hay que establecer límites claros que actúan como "valladas de seguridad" para proteger tanto la integridad del consagrado como la de los fieles. Por ello, la transparencia es un antídoto al secretismo: La crisis ha demostrado que los entornos cerrados



han favorecido la reincidencia, la auto-referencialidad...; por tanto, obligan a una madurez responsable ante la comunidad.

La Iglesia aborda la crisis sacerdotal no sólo como un simple problema de escasez de vocaciones, sino como una crisis de identidad y de maduración afectiva en muchos casos. La crisis se supera cuando las autoridades competentes, reconocen las necesidades y las encauzan hacia un acompañamiento de sus ovejas, en lugar de buscar compensaciones, cómo la marcada por una soledad mal vivida, que lleva al refugio en mundos privados (internet, relaciones inapropiadas o adicciones).

3. El clericalismo como máscara de la fragilidad

El uso rígido del poder (clericalismo) es a veces una defensa ante la propia incapacidad de establecer vínculos afectivos maduros. En lugar de una perfección idealista, hay que invitar a aceptar la propia vulnerabilidad.

No solo es el "por qué" de la carencia espiritual (la necesidad de un corazón unificado), sino también "cómo" integrarlo (las normas y límites) para que esa crisis no termine en tragedia, sino en una maduración de la entrega.

La Iglesia atraviesa hoy un momento de profunda purificación. Tal herida, ha revelado que la falta de una integración afectiva real —donde el eros humano no sea reprimido, sino transformado por el ágape pastoral— es el origen de las desviaciones más dolorosas. La necesidad eclesial hoy ya no permite el silencio ni la gestión privada de las fragilidades; exige un marco de actuación que proteja la misión a través de la verdad y el cuidado de sus miembros más vulnerables.

En el contexto actual, los sacerdotes y consagrados en crisis suelen manifestar un agotamiento que no es solo físico, sino relacional. Cuando toda vocación pierde el sentido de su entrega, el riesgo de utilizar el poder o la afectividad como compensación personal aumenta drásticamente. Por ello, esta breve

“La Iglesia aborda la crisis sacerdotal no sólo como un simple problema de escasez de vocaciones, sino como una crisis de identidad y de maduración afectiva en muchos casos.

reflexión se presenta no como una carga moral, sino como una respuesta descriptiva a las necesidades actuales de todos los ministerios pastorales:

A. Del Clericalismo a la corresponsabilidad: La crisis actual ha demostrado que el aislamiento del pastor favorece el abuso. Todo ministerio tiene que ejercerse bajo supervisión y transparencia, integrando a laicos y profesionales en el control de la conducta institucional.

B. Sostenimiento en la fragilidad: La Iglesia necesita hoy sacerdotes que reconozcan su vulnerabilidad. Hay que establecer protocolos de prevención y acompañamiento, asumiendo que la

madurez afectiva requiere límites claros (setting pastoral) para evitar que el desorden interior derive en agresiones contra la libertad y la integridad de terceros.

C. Cultura de la rendición de cuentas: Ante la pérdida de credibilidad, la necesidad eclesial prioritaria es la justicia. Hay que crear procedimientos que detallen cómo debe actuar toda institución ante la sospecha de delito, eliminando la discrecionalidad y garantizando que la caridad no sea una excusa para encubrir la injusticia.

En definitiva, las herramientas de sanación eclesial describen el estándar de conducta exigido hoy por el Pueblo de Dios: un ministerio que no tema la luz, que respete escrupulosamente los límites personales y que encuentre en la norma de “la Ley del amor del corazón de Jesucristo”, una ayuda para vivir una afectividad sana, madura y plenamente orientada al servicio, dando y entregando la vida por los hermanos.

▪ María Jesús Arrabal



LA AUTORIDAD JERÁRQUICA EN EL CORAZÓN DEL P. VALLET, COMO OFICIO DE UNIDAD EN EL AMOR

La Instrucción *Faciem tuam, Domine, requiram* (2008) define la autoridad en la vida consagrada como un servicio espiritual y de caridad orientado a la búsqueda de la voluntad de Dios, no como un poder jerárquico. Se caracteriza por ser un "oficio de amor" que ejerce la escucha, anima la responsabilidad y toma la decisión final para garantizar la unidad tras un proceso de discernimiento comunitario.

E P. Francisco Vallet, entendió hace más de 90 años que las estructuras rígidas podían morir porque no saber adaptarse al cambio, algo que hoy es una verdad en cualquier organización. Reflejó como buen jesuita, que la Obediencia es "La Más Alta Pobreza". La Obediencia Evangélica es una autoridad que se complementa con la pobreza de espíritu, una forma de desprendimiento propio y humildad en el servicio. Los ministros deben actuar sin ira ni turbación, cultivando primero la obediencia en sí mismos antes de pedirla.

La visión del Padre Francisco de Paula Vallet, fundador de los Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey, sitúa la autoridad no como un poder jerárquico frío, sino como un oficio de unidad que emana directamente del amor de Dios. Para Vallet, el corazón es el centro donde se gesta esta autoridad, entendida siempre como un servicio para que "todos sean uno", reflejando el deseo del Corazón de Jesús.

Esta concepción de la autoridad se articula a través de varios pilares fundamentales en el carisma congregacional de sus sacerdotes, hermanos y hermanas cpcr:

1.- El Corazón como Origen del Servicio

- Amor Unificador: El P. Vallet buscaba llevar al mundo el amor unificador del



P. Vallet

Corazón de Jesús. La autoridad, en este contexto, tiene la misión de eliminar las divisiones y fomentar la fraternidad.

- Servicio y Cuidado: La autoridad se encarna en la figura del superior/a que protege y cuida la vida del prójimo, siguiendo el modelo de Cristo.

2.- Oficio de Unidad en el Amor

- Reinado de Cristo en los corazones: El objetivo final de cualquier ejercicio de autoridad ministerial, es que Cristo reine en cada persona para lograr la unidad total.

- **Acompañamiento, no imposición:** Al igual que en la dirección espiritual, la autoridad debe saber escuchar y adaptarse a los procesos individuales, acogiendo a cada persona en su realidad para guiarla hacia el encuentro con Dios.

- **Unidad de Vida:** Se busca que no haya divorcio entre la fe y la acción diaria; la autoridad ayuda a coordinar los esfuerzos para que todo trabajo se haga por amor a Dios y al prójimo.

3.- La Práctica a través de los Ejercicios Espirituales

El P. Vallet utilizó el método de San Ignacio de Loyola como la herramienta principal para que los hombres y mujeres, (religiosos, sacerdotes, laicos...) encontraran su vocación y, desde ese orden interior (donde la autoridad de Dios se asienta en el corazón), transformaran su entorno social y eclesial.

El método de los Ejercicios Espirituales del P. Vallet no es solo un retiro personal; es una herramienta diseñada para forjar la unidad al alinear la voluntad del individuo con el corazón de Dios.

Aquí te detallo cómo este método construye ese sentido de unidad:

A. Orden Interior para la Unidad Exterior, mediante el Silencio ante la Palabra.

B. El Servicio Personalizado y Comunitario

Aunque los ejercicios son una experiencia íntima de "conocimiento interno de Jesús", el P. Vallet los adaptó para que fueran accesibles y potentes para los laicos, especialmente para transformar la vida parroquial.

- **Acompañamiento:** La unidad se vive

desde el inicio a través de la relación con el director espiritual, quien guía con autoridad amorosa.

- **Misión común:** Los participantes no solo buscan su santidad, sino que salen con un plan de vida orientado a renovar su familia y sociedad.

C. La Dinámica de las "Semanas" hacia la Unidad

El método sigue la estructura ignaciana, pero con el énfasis de Vallet en el Reinado de Cristo:

- **Purificación:** Eliminar lo que separa de Dios (el pecado).

- **Imitación:** Contemplar la vida de Cristo para "ser uno" con sus sentimientos.

- **Entrega:** Unir el propio dolor al de Cristo en la Pasión.

- **Resurrección y Servicio:** Salir a "amar y servir" en todo, que es la máxima expresión de unidad en el amor.

D. Transformación Social

Para Vallet, los ejercicios eran el motor de un movimiento. Al transformar al hombre ("vencerse a sí mismo"), se regenera la célula social. La autoridad del corazón que nace en el retiro se traduce en un liderazgo de servicio en la vida cotidiana.

- María Jesús Arrabal

“ El P. Vallet adaptó los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio para que fueran accesibles y potentes para los laicos, especialmente para transformar la vida parroquial. ”

TESTIMONIO DEL CURSO PARA MATRIMONIOS

Una experiencia enriquecedora para la vida y la familia

Estos cursos nos han parecido una experiencia muy enriquecedora, no solo por el contenido de cada sesión, sino también por todo lo que cada tema generaba posteriormente en nosotros.

Más allá de la presentación en sí misma, cada charla invitaba a la reflexión y ayudaba a tratar muchos aspectos importantes para el futuro, tanto en el conocimiento personal como en la relación entre nosotros. Consideramos que es una formación muy adecuada para comprender mejor el entorno familiar, así como establecer claramente las prioridades del cristiano, cosa que no teníamos del todo clara. Nos ha ayudado a entender que la vida familiar y la convivencia no deben pensarse únicamente a corto plazo, sino teniendo en cuenta todas las situaciones y retos que pueden surgir con el paso del tiempo.

Creemos sinceramente que es un auténtico curso de vida. No está dirigido únicamente a personas que estén pensando en formar una familia, sino también a quienes ya la tienen y desean mejorar la convivencia, fortalecer las relaciones y la unión entre la pareja, poniendo en valor el apoyo que nos

da Dios para afrontar las dificultades y problemas que puedan aparecer en la vida.

También nos ha parecido especialmente interesante el repaso teológico sobre el sacramento del matrimonio y la relación con Dios, aportando una dimensión más profunda y trascendente a todo el contenido del curso.

Queremos destacar también lo útil que resulta disponer de materiales de apoyo, como los resúmenes y las grabaciones de las charlas. Esto permite volver a reflexionar sobre aspectos que quizá no quedaron completamente claros o incluso recuperar sesiones a las que no se haya podido asistir.

Por último, queremos agradecer el enorme esfuerzo realizado por toda la organización y felicitarles por el éxito del curso. Estamos encantados de haber formado parte de esta experiencia y convencidos de que todo lo aprendido nos acompañará en el futuro.

▪ Eloisa y Eduardo
Escuela de familia 2026



TESTIMONIO DEL RETIRO MENSUAL

Ofrecemos el testimonio de una pareja que viene al retiro mensual, el primer domingo del mes.

Somos Edu y María, y estamos muy felices de que desde la casa nos hayan pedido dar nuestro testimonio sobre los retiros de domingo. Ya conocía (María) la casa por el COF y a partir de ahí, pude hacer durante dos años los Ejercicios Espirituales de fin de semana, pero no me había animado a ir a ningún retiro de domingo. Y, ¡¡el primero al que fuimos fue a una semana de casarnos!! Con todos los preparativos de la boda, aunque una boda sencilla, se te llena la cabeza y el corazón de cosas menos importantes, y teníamos claro que el que tenía que estar en nuestra mente y corazón era el Señor. Por lo que vivimos esa mañana como un tiempo de y para Dios. A partir de ese domingo, hemos puesto como fecha señalada en el calendario el retiro mensual, porque con el día a día muchas veces nos pueden comer las cosas de fuera.

Aunque algunas veces se haga duro por el madrugón, siempre compensa.

Te reciben como en casa, y el Jefe nunca falla.

El café nada más llegar abre la mente, y las meditaciones del Padre y del Diácono van abriendo el corazón para esa hora ante el Señor. El momento de compartir siempre me ha costado mucho, pero siempre hay una palabra que ayuda. Y, como broche final de la mañana la Eucaristía. Gracias a la Casa por tratarnos como familia.



Damos visibilidad a las buenas noticias de tu empresa



TANDAS DE EJERCICIOS



“ Ejercicios Espirituales, Semana Santa

Tanda de Ejercicios, del 1 al 5 de abril, en Semana Santa. Dirigida por el P. Fco. Javier Sanuy cpcr, acompañado por María Jesús y el Hº. Antonio.

“ Ejercicios Espirituales, febrero

Tanda de Ejercicios, del 30 de abril a 3 de mayo de 2026. Dirigida por el P. Fco. Javier Sanuy, y el P. Marc Passas, cpcr, acompañados por el Hº. Antonio y María Jesús



ROSARIO DE LA AURORA



Como ya es tradición, el miércoles 13 de mayo, se celebró el Rosario de la aurora en la Casa Cristo Rey. A las 7:00 de la mañana, se rezó el rosario, en procesión por el jardín, visitando los altares con imágenes de la Virgen María en diferentes advocaciones, que fueron preparados para la ocasión. Después, se celebró la misa, acabando con un desayuno comunitario.



25 AÑOS DE SACERDOCIO

El P. Enrique Martín celebró veinticinco años de sacerdocio el pasado 21 de abril, coincidiendo con la fecha de su ordenación.

Con una celebración muy familiar, el P. Enrique celebró sus bodas de plata como sacerdote. Un encuentro en la Casa Cristo Rey, para celebrar con una eucaristía de acción de gracias por estos años, en la que recordó su vocación y servicio durante estos años.



AGENDA 2026

MAYO

- **Ejercicios Espirituales** jueves 30 de abril a domingo 3 de mayo.
- **Retiro Mensual.** Domingo 10.

JUNIO

- **Retiro Mensual.** Domingo 21.
- **Ejercicios Espirituales:** del 26 al 28.

JULIO

- **Retiro Mensual.** Domingo 5.
- **Ejercicios Espirituales:** del 13 al 21.

AGOSTO

- **Ejercicios Espirituales:** tanda de mes, del 31 de julio al 31 de agosto.
- **Ejercicios Espirituales:** del 31 de julio al 8 de agosto.
- **Ejercicios Espirituales:** del 23 al 31 de agosto.

SEPTIEMBRE

- **Retiro mensual:** Domingo 6
- **Ejercicios espirituales:** del 11 al 13.

OCTUBRE

- **Retiro mensual.** Domingo 4
- **Ejercicios espirituales:** Del 9 al 12

NOVIEMBRE

- **Ejercicios espirituales:** del 30 de octubre al 2 de noviembre.
- **Retiro mensual.** Domingo 8

DICIEMBRE

- **Retiro mensual.** Domingo 13
- **Ejercicios espirituales:** del 4 al 8.
- **Ejercicios espirituales en Navidad:** del 26 al 30.

HORARIOS

- ▶ Retiro mensual, en Betania, de 10:00 a 14:00. Eucaristía incluida.
- ▶ Ejercicios, empiezan y acaban a las 19:00 h.
- ▶ Adoración al santísimo. Tercer martes de cada mes. 19:00 a 20:00 h.
- ▶ Eucaristía dominical, 13:00 h. en Betania.

INFORMACIÓN Y RESERVAS

Tel. 678.883.981

Horario de atención: 09:30 a 14:00 y 16:00 a 20:00

Email: casacristorey@cpcr.es | Web: cpcr.es



MÁS INFORMACIÓN

CASA DE EJERCICIOS CRISTO REY

Cañada de las
carreras oeste, nº 2
28223 Pozuelo (Madrid)

Tel. 91.352.09.68
678.883.981

casacristorey@cpcr.es

Web: cpcr.es

CASA DE EJERCICIOS MARE DE DEU DE MONTSERRAT

Passeig del Remei s/n
08140. Caldes de Mont-
bui (Barcelona)

Tel 93.865.44.96
697.840.559

casacaldes@gmail.com



Encuesta sobre la Revista Avanzar.

Escanea el código QR y colabora con la encuesta sobre la revista. Nos ayudará a mejorar.

¡Muchas gracias!



Señor, Jesucristo, nuestro magnífico y supremo Sacerdote.

Por tu Muerte y Resurrección te hemos reconocido
como el Cordero sacrificial, mediador entre el Padre y nosotros mismos.

Nos llamas a participar en tu Muerte y Resurrección
te hemos reconocido como el Cordero sacrificial,
mediador entre el Padre y nosotros mismos.

Nos llamas a participar en tu Muerte y Resurrección
por los sacramentos del Bautismo y Confirmación,
para unirnos en el ofrecimiento del sacrificio de Ti mismo
por la participación de tu Sacerdocio en la Eucaristía.
Así pertenecemos a tu Reino en la tierra, haciéndonos tu pueblo santo.

Señor Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote,
concédenos tu Espíritu de Amor y Vida que nos una a ti,
Sacerdote y Víctima, para que el plan de salvación
para todos los pueblos se establezca dentro de nosotros.

Señor, Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote,
concédenos tu Espíritu de Sabiduría y unión,
que a todos nos unifique en tu Cuerpo Místico,
la Iglesia, para ser tus testigos en el mundo.

Señor, Jesús, reúnenos a todos en tu Persona –Víctima,
Sacerdote, Rey– por el banquete salvador de la Eucaristía
que tú y nosotros ofrecemos en el altar del Sacrificio,
ahora y durante todos los días de nuestra peregrinación por este mundo.

Cuando nos llares a tu Reino celestial, entonces podamos participar
con todos los santos de tu gloria, amor y vida en unión
con el Padre y el Espíritu Santo por toda la eternidad.

Amén.

aciprensa.com